

LECCIONES DE EDUCACION EN LA ANTIGUA CULTURA MEXICANA DE LOS NAHUAS

Nos cuenta fray Bernardino de Sahagún, acerca del régimen de la enseñanza y educación de los antiguos mexicanos, que su "manera de regir era muy conforme a la Filosofía Natural y Moral, porque [...] la Filosofía Moral enseñó por experiencia a estos naturales" (1).

Encontramos aquí un testimonio expreso —que no es el único (2)— de la presencia, en la cultura de los nahuas, de una cierta filosofía práctica y normativa, en virtud de la cual los sabios prehispánicos habían logrado un modo de "regimiento —educación— conforme a la necesidad de la gente", según expresión del mismo Sahagún.

No es que pretendamos desarrollar aquí lo que hoy se diría una *filosofía náhuatl de la educación*, ya que, además de ser un título demasiado presuntuoso para estas breves notas de curioso, tal enunciado, conforme a los gustos actuales, no correspondería muy exactamente a la realidad antigua. Sería, sin duda, demasiado pedir, a los antiguos mexicanos, un sistema completo de pensamiento reflejo y fruto de reflexión teórica sobre su cultura, sobre la organización práctica de su instrucción y gobierno.

Sin embargo, en un sistema educativo que de hecho había alcanzado un nivel sobresaliente de organización y un grado notable de madurez y eficacia práctica, no puede faltar un cierto sistema o

(1) FR. BERNARDINO DE SAHAGUN, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Edit. Porrúa, 1956, t. III, pp. 158-159.

(2) Cf. FR. BARTOLOME DE LAS CASAS, *Apologética historia*, Cap. 224, en *Los Indios de México y Nueva España*, Antología, México, Ed. Porrúa, 1966, p. 172.

conjunto de ideas fundamentales, de juicios valorativos de las cosas y las acciones, que será necesario tener en cuenta a la hora de apreciar, y acaso restaurar y continuar las experiencias y la cultura de aquellos hombres.

Este conjunto de ideas implícitas en la organización y la práctica educativas, tiene además una significación y un valor que sobrepasa la mera cuestión educativa. Sabido es que la educación es siempre una encrucijada en la que se encuentran los senderos y los intereses de otras muchas actividades, arte y ciencias. Cualquier doctrina sobre la educación, por tanto, será una atalaya bien situada para extender la vista por todos esos otros campos.

Sobre ese nivel organizativo alcanzado en materia de educación por los antiguos mexicanos, tenemos testimonios elocuentes y fidedignos de los que alcanzaron personalmente a conocer aquella organización, y hasta pudieron contrastar sus frutos con los del sistema implantado por los colonizadores, con resultados desventajosos muchas veces para estos, por el desconocimiento de la tierra y por la falta de experiencia que los antiguos poseían. "Buen tino tuvieron los habitantes de esta tierra, antiguos, en que criaban sus hijos e hijas con la potencia de la república". Y "es gran vergüenza nuestra que los indios naturales, cuerdos y sabios antiguos, supieran dar remedio a los daños que esta tierra imprime en los que en ella viven, obviando a las cosas naturales con contrarios ejercicios; y nosotros nos vamos al agua abajo de nuestras malas inclinaciones" (3).

"Podemos afirmar —escribe nuestro P. Durán— que [...] no ha habido gente en el mundo ni nación que con tanto acierto y orden y policía viviese en su infidelidad como esta nación" (4).

"Ninguna cosa, dice el P. Acosta, me ha admirado más ni parecido más digno de alabanza y memoria que el cuidado y orden que en criar a sus hijos tenían los mexicanos. En efecto, difícilmente se hallará nación que en el tiempo de su gentilidad haya puesto mayor diligencia en este artículo de la mayor importancia para el Estado. El celo que tenían en la educación de sus hijos debe confundir la negligencia de nuestros padres de familia" (5).

(3) SAHAGUN, III, p. 160.

(4) FR. DIEGO DURAN, O. P., *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra Firme*, México, Editora Nacional, 1951-1952, Tomo II, p. 225. Cf. FR. BARTOLOME DE LAS CASAS, *Apologética historia*, Cap. 222, en *Los Indios de México y Nueva España*, Antología cit., pp. 160-164.

(5) F. J. CLAVIJERO, *Historia antigua de México*, México, Ed. Porrúa, 1958,

¿ En qué consistía, pues, aquél sistema educativo, tan admirado por los antiguos cronistas como por los modernos historiadores? (6). No nos vamos a detener en la descripción pormenorizada de la organización y la práctica, las instituciones, métodos, etc., sino que trataremos más bien de encontrar los presupuestos conceptuales que les servían de base.

En toda obra educativa intervienen siempre tres factores: un sujeto educando, unos agentes educadores, y un ideal o forma ejemplar conforme a la cual se ha de plasmar la personalidad del educando. En torno a estos tres puntos vamos a agrupar nuestras reflexiones.

EL EDUCANDO

En la base de toda concepción pedagógica se encuentra siempre el concepto del hombre. De ahí nace la gran diversidad de sistemas educativos. ¿ Qué idea tenían los nahuas del hombre?

Naturalmente que sería vano pretender encontrar en su literatura una definición del tipo de la que nosotros aprendimos de Aristóteles. En un lenguaje esencialmente metafórico y poético, como el de los nahuas, no podemos encontrar los pensamientos expresados de ese modo. Sin embargo, tampoco la metáfora y la poesía son enteramente inhábiles para la expresión del pensamiento. Un sabio náhuatl llegó a sospechar que el simbolismo, la poesía, "la flor y el canto", fuera "quizás lo único verdadero en la tierra" (7). Aunque sin tanto exclusivismo, también Santo Tomás concede a la metáfora, al *modus symbolicus*, un lugar destacado entre los métodos expositivos (8).

Pues bien, leyendo con un poco de atención los cantos y poemas que con relativa abundancia han llegado hasta nosotros, no deja de sorprender gratamente una preocupación y mentalidad espiritualista de los nahuas, con ansia de trascendencia y sed de inmortalidad, a la vez que un sentimiento profundamente realista de la condición existencial y concreta, de la fugacidad de la vida, de las exi-

(6) Cf. J. SOUSTELLE, *La vida cotidiana de los Aztecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 176.

(7) Cf. M. LEON PORTILLA, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, F. C. E., 1961, pp. 126-128.

(8) Cf. *In I Sent.*, Pról., q. I, a. 5, ad 3; *S. Th.*, I, 1, 9, ad 1.

gencias y necesidades materiales. Esta misma impresión se obtiene, y aún de un modo más claro y positivo, de los largos discursos que los sabios y ancianos dirigían a los jóvenes en ocasiones trascendentales de su vida. No nos detendremos en análisis y ejemplos, porque sería muy largo. Pero la comprobación será fácil porque los textos son abundantes y están al alcance de cualquiera. Veamos sólo algunos ejemplos de cada tipo de literatura, poética y didáctica, que hemos mencionado.

He aquí un cantar mexicano de mediados del siglo XV :

”Me siento fuera de sentido
 lloro, me aflijo y pienso,

 Oh, si nunca yo muriera,
 si nunca desapareciera...
 ¡ Vaya yo donde no hay muerte,
 donde se alcanza victoria !
 Oh, si nunca yo muriera,
 si nunca desapareciera...” (9).

”Los que viven vida casta —enseñaba el sabio azteca—, cual zafiro y cual esmeralda reverberan ante el Señor ; son cual plumaje de quetzal muy verde y airoso, bien enhiesto y arqueado. Esos son los de buen corazón y alma limpia [...]. Y se dice bien los de *buen corazón*, porque nada hay que a ellos se asemeje : puros, perfectos, completos, cual un jade y cual una turquesa” (10).

Indudablemente, aquellos hombres habían alcanzado un concepto muy alto de la verdadera grandeza del hombre, que reside en la nobleza del espíritu, en la pureza que lo embellece, en la virtud y la hidalguía que son patrimonio y ornato del alma.

Los sabios y poetas nahuas llegan incluso con toda claridad al concepto del hombre como creatura de Dios :

”Cual flor
 fuiste creado
 naciste aquí,

(9) ÁNGEL M. GARIBAY K., *La Literatura de los Aztecas*, México, J. Moritz, 1964, p. 61. Cf. *Cantares mexicanos*, en ÁNGEL M. GARIBAY *Poesía náhuatl*, Tomo II, México, UNAM, 1965, p. 137.

(10) ÁNGEL M. GARIBAY *La Literatura de los Aztecas*, p. 123s. Cf. SAHAGUN, o. c., II, p. 141ss.

oh príncipe,
fuiste mandado
del sitio de la Dualidad'' (11).

Es la misma concepción que afirman, con no menor convicción y delicadeza, los ancianos y los padres a los hijos en sus amonestaciones.

Igualmente, en su afán angustiado por desentrañar el ''misterio de la vida'', llegan a vislumbrar ciertos más allá del ''Misterio de la muerte'' :

''¿Con qué se aquietará mi corazón?
¿Con qué cesará mi tristeza?
.....
¿En dónde está el camino
para bajar al Reino de los Muertos,
a donde están los que ya no tienen cuerpo?
¿Hay vida aún allá en esa región
en que de algún modo se existe?
¿Tienen aún conciencia nuestros corazones?'' (12).

Y, con más convicción aún y seguridad que el poeta, enseñaban los sabios : ''Los que viven vida casta'', cuando mueren, ''van a la casa del Señor de la Vida, y viven allí junto a su fuente : chupan miel en las flores del sol...'' (13).

Pero, junto con estos anhelos y esperanzas, no dejaban de experimentar sus limitaciones y necesidades presentes, de reconocer sus incertidumbres y riesgos, la fragilidad de su dicha ante el dolor, o la de su vida frente a la muerte. ''En ninguna parte he visto —amonestaba un padre a su hijo—, que alguno se mantenga de su hidalguía, o su nobleza, sólomente ; conviene que tengáis cuidado de las cosas necesarias a nuestro cuerpo [...] porque esto es el fundamento de nuestro vivir'' (14).

(11) *Romances de los Señores de Nueva España*, en ANGEL M. GARIBAY, *Poesía Náhuatl*, Tomo I, México, UNAM, 1964, p. 27.

(12) *Cantares mexicanos*, en ANGEL M. GARIBAY, *Poesía Náhuatl*, Tomo II, pp. 122 y 130.

(13) A. M. GARIBAY, *La Literatura de los Aztecas*, p. 125. Cf. SAHAGUN, o. c., II, p. 144.

(14) SAHAGUN, II, p. 123-124.

"Todos aquí vivimos.
 En primavera deleitosas son las flores,
 deleitosos son los cantos.
 Pero en mi casa reina el dolor" (15).
 "¿ Es que acaso se vive de verdad en la tierra?
 ¡ No para siempre en la tierra,
 sólo breve tiempo aquí!
 Aunque sea jade : también se quiebra,
 aunque sea oro, también se hiende,
 y aun el plumaje de quetzal se desgarrar!
 ¡ No para siempre en la tierra :
 sólo breve tiempo aquí" (16).

Ansia de superación y permanencia, sentimiento de caducidad y anonadamiento ; así se siente y se concibe el hombre azteca. Entre esa doble fuerza : las aspiraciones aladas hacia lo alto, y el peso de la materia hacia el polvo o del destino hacia la muerte, se inserta espontáneamente la tarea de la educación.

Ese hombre con tal conciencia y experiencia de su vital desgarramiento entre su vida y la muerte, entre el canto y el dolor, entre la pureza y la "basura", entre "divina grandeza y humana miseria" (17), es un sujeto que naturalmente se encuentra ya sometido y necesariamente entregado a esa obra preventiva y salvadora que es la educación.

Con esa visión del ideal humano, y esa conciencia de las humanas y terrenas limitaciones, el hombre no puede resignarse a la mera caducidad, a un simple "pasar por la tierra" :

"¿ Qué hará mi corazón?
 ¿ Es que en vano vinimos, pasamos por la tierra?
 De igual modo me iré
 que las flores que han ido pereciendo.
 ¿ Nada será mi fama algún día?
 ¿ Nada de mi nombre quedará en la tierra?
 ¡ Al menos flores, al menos cantos... !

(15) A. M. GARIBAY, *La Literatura de los Aztecas*, p. 68.

(16) *Cantares mexicanos*, en A. M. GARIBAY, *Poesía Náhuatl*, II, p. 3-4.

(17) *Ib.*, p. 124.

¿Qué hará mi corazón?
 ¿Es que en vano vinimos, pasamos por la tierra?'- (18).

De ahí el alto aprecio y el sobresaliente grado de desarrollo y perfección que habían logrado en la educación. Esa era también la misión que expresamente le asignaban y la esperanza que en ella ponían: "Dar sabiduría a los rostros", "hacer tomar una cara", una personalidad (19), "labrar y tallar como piedras preciosas" a los hombres, para que "florezcan como rosas", salgan "como plumas ricas sirviendo a nuestro señor", y lleguen a "meter la mano en sus cofres" de riqueza infinita (20).

Tarea sublime ésta, que es considerada, según vemos, como una preparación, y también como una realización, de los planes de Dios:

"Ah, nosotros recogemos cual esmeraldas
 tus hermosos cantos,
 autor de la vida:
 también como un don de amistad:
 ¡Ojalá los realicemos con plenitud
 aquí en la tierra!" (21).

Esta misma concepción del hombre como ser indigente, con posibilidades de perfeccionamiento y de grandeza, y con peligro también de regresión y de ruina, se concretaba especialmente en *el niño*. Pocos pueblos habrán sentido y expresado de un modo más lírico y conmovedor su cariño y preocupación por los niños y los jóvenes.

"Hijo mío, joya mía, mi rico plumaje de quetzal:

Has llegado a la vida, has nacido, te ha hecho venir al mundo el creador y dueño [...]

Y vieron tu rostro y tu cabeza tus madres, tus padres, tus tíos y tus tías y tus parientes [...] Y lloraron y se emocionaron por causa tuya, porque has llegado a la vida.

Ahora bien: Por breve tiempo has venido a contemplar las cosas, has venido a ir evolucionando, has venido a hacer medro en tu persona, has venido a crecer [...]

(18) *Cantares mexicanos*, edic. cit., p. 101.

(19) Cf. MIGUEL LEON PORTILLA, o. c., p. 123; Id., *Siete ensayos sobre cultura náhuatl*, México, 1958, p. 70.

(20) Cf. SAHAGUN, o. c., t. II, pp. 214-216; t. I, p. 304.

(21) *Romances de los Señores de Nueva España*, edic. cit., p. 74.

¿Cuál será el designio de aquel por quien todo vive?

¿Un día acaso, o acaso dos, te tendremos en préstamo: cual si fueras una joya [...]?

¿Vas a lograrlo acaso? ¿Vas a vivir en la tierra? ¡Ojalá que pacíficamente crezcas y en dulce calma te acrescieras!

¡Que no resultes vano, que no seas un ser frustrado!" (22).

El niño era la fortuna y la dicha más grande y más envidiable de los padres. Era su "sangre y su carne", "su color" y "su imagen". Ya desde antes de su nacimiento se le rodeaba de los cuidados y de los augurios más exquisitos (23), "por ser la gente que más ama a sus hijos que hay nación en el mundo", como escribe el P. Durán (24).

Nos parece muy lógico que, de esa actitud de los padres, resultara una educación tan "dura y penosa", como para que esos niños, sin "ningún testimonio de cariño", "llevaran por toda la vida amargada y ensombrecida el alma", "tristes y melancólicos", como se ha pretendido (25).

"Después del rey —dice muy bien Alfredo Chavero—, lo más importante en la sociedad era la juventud, dueña del porvenir" (26).

Y tal vez lo más notable es que este interés y cuidados por la infancia y la juventud no eran patrimonio de los reyes o de las clases privilegiadas, como sabemos que sucedía en otros pueblos, y aún sucede en muchas partes. Todo niño, sin distinción de linaje o de clase, tenía la posibilidad, el derecho y la obligación de recibir su educación. Aparte del esmero que ponían los padres en la primera educación, existían centros oficiales para completar la formación, "hasta que doctos y hábiles —dice el P. Durán— no les dejasen salir ya hombres" (27). "Y era tan cierto el acudir ellos y ellas a estas escuelas y guardábanlo tan estrechamente, que tenían el hacer falta como cosa de crimen lesae majestatis, pues había penas señaladas para los que no acudían" (28).

(22) *La Literatura de los Aztecas*, ed. cit., p. 107. Cf. SAHAGUN, o. c., II, p. 184.

(23) Cf. SAHAGUN, II, pp. 158-217.

(24) O. c., t. II, p. 184.

(25) D. EZEQUIEL A. CHAVEZ, *La Educación en México en la época precortesiana*, México, Jus, 1958, p. 68-69.

(26) *Apéndice a la Historia de las Indias...* del P. DURAN, t. II, p. 20.

(27) *Historia de las Indias...*, t. II, pp. 229.

(28) *Ib.*, p. 227.

Resulta más estupenda esta universalidad de la cultura obligatoria, con posibilidades para todos, si se añade el carácter indiscriminado con que se impartía. Todos los niños aztecas, pobres o ricos, nobles o plebeyos, podían ingresar en los centros superiores de enseñanza, "a voluntad de los padres", dice fray Bernardino de Sahagún (29).

El P. Durán habla de "los hijos de Montezuma y de otros valerosos principales y señores", que se formaban en una misma casa con otros muchos "de todo género [...], así de hijos de principales como de gente baja" (30).

Ni se excluía para cualquier joven educando la perspectiva y aliciente de los cargos más altos, incluso el de sumo sacerdote: "en la elección no se hacía caso del linaje, sino de las costumbres y ejercicios, y doctrinas y buena vida", "aunque fuesen de muy baja suerte y de padres muy bajos y pobres" (31).

He aquí una lección importante de nuestra historia, que justamente ha llamado la atención de los cronistas e investigadores (32). Una lección importante para nuestra sociedad de hoy, en que tanto se habla de extensión cultural, de campañas de alfabetización, de educación de base, de indiscriminación, en todos los países y continentes, precisamente porque no hemos logrado, en ninguno de esos problemas, el ideal que, en gran parte al menos, habían alcanzado nuestros antepasados.

Tenían también los aztecas ya noción y cuenta de lo que hoy llamaríamos *psicología evolutiva*, y hasta parece que practicaban una cierta selección y orientación profesional, desde luego elemental, pero no por eso menos trascendental y meritoria para el nivel de su cultura y sociedad.

Nuestro buen Padre Durán nos dice que "tenían estos indios cuatro vocablos para diferenciar sus edades: el primero era *piltzintli*, que es como nosotros decimos puericia; el segundo era *tlamacatzqui*, que quiere tanto decir como juventud; el tercero era *tlapaliuhqui*, que quiere decir ya la edad madura y perfecta; y *huehuetqui*, que quiere

(29) O. c., t. II, p. 211. Cf. Id., t. I, p. 298; pp. 304-305.

(30) DURAN, o. c., II, p. 108. Júzguese, a la luz de estos testimonios, de las hipótesis tan contrarias y parciales de D. Ezequiel A. Chaves. Cf. *La educación en México en la época precortesiana*, n. 119, p. 69.

(31) SAHAGUN, o. c., t. I, pp. 308 y 307.

(32) Cf. J. SOUSTELLE, *La vida cotidiana de los aztecas*, México, F. C. E., 1956, p. 176; M. LEON-PORTILLA, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, UNAM, 1959, p. 223.

decir vejez, la cual vejez era en mucho tenida y reverenciada" (33). Sahagún nos da también, junto con las características psicológicas y morales de cada edad correspondientes a ambos sexos, una clasificación semejante: el niño y la niña, la mozuela y el mancebillo, el hombre y la mujer de edad perfecta, la mujer moza y el mancebo, los viejos y las viejas (34).

No sería fácil determinar en años la duración exacta de estas cuatro etapas de la vida, ya que ni los filósofos clásicos de la cultura europea, ni los mismos psicólogos actuales suelen coincidir en esas divisiones de la edad humana.

Lo cierto es que, con un módulo discrecional, que aún no está esclarecido en los autores, no se trataba sólo de nombres, sino que realmente esas edades tenían cada una un significado diverso en la evolución, crecimiento y crianza de los jóvenes aztecas y en la función social, familiar o de gobierno de los hombres maduros. Antes de la "edad madura y perfecta" nadie se casaba (35), ni antes de llegar a la categoría de ancianos alcanzaban normalmente funciones de consejeros, de educadores, gobernantes, etc. (36).

Son conocidos los ritos y largas instrucciones morales con que señalaban y daban carácter formativo al momento psicológico del paso de una a la otra edad: el nacimiento, el bautismo, la entrada en el uso de razón, el ofrecimiento al templo, la entrada en la escuela, y la salida para casarse.

Muy sabiamente se aprovechaba la entrada en "la edad de discreción", para hacer una llamada amorosa a los niños y a las niñas —por separado— a hacerse cargo y conciencia de la verdadera realidad engañosa del mundo y de la vida humana, a entrar por los métodos de la convicción, la austeridad y la reflexión. Se apelaba expresamente al uso de la razón, ya capaz de discernimiento, aprovechando a tiempo la lucidez de la mente aun no contaminada, y la simplicidad dúctil y dócil del corazón, "fino como zafiro, y aún no manchado de algún pecado" (37).

"Después que el niño se iba criando, los padres [...] prometíanlo al templo [...]. Todo este tiempo estaba en la casa de sus padres" (38).

(33) DURAN, o. c., t. II, p. 109.

(34) Cf. SAHAGUN, o. c., t. III, pp. 106-108.

(35) Cf. SAHAGUN, o. c., t. I, p. 303; t. II, pp. 151-157.

(36) DURAN, o. c., t. II, p. 124.

(37) SAHAGUN, II, p. 129.

¶Era un paso más, de carácter más bien religioso que didáctico, pero que no dejaría de imprimir una huella en la personalidad del niño.

Y, por fin, la entrada o el ingreso en la escuela, donde permanecería "todo el tiempo que estuviese por casar" (39), aunque llegasen algunos hasta los cincuenta años, como dice en otra parte el mismo Sahagún.

Para una más exacta determinación de los años en que se realizaba todo esto, no es fácil concordar los testimonios, casi siempre imprecisos, y a veces contradictorios (40). Es probable que en la práctica tampoco hubiera una norma tan fija ni universal. Veremos algún dato más después, al tratar de la escuela especialmente.

Lo que sí está fuera de duda es la trascendencia que, en la vida del hombre, concedían a estos años de formación, a estas etapas críticas de la edad evolutiva. Y no sólo por los cuidados que de hecho le consagraban, sino por lo que la sabiduría y experiencia de sus antepasados les había enseñado: "Dejáronnos dicho los antiguos que en la niñez y en la juventud hace Dios mercedes y da dones; [...] señala a los que han de ser señores, reyes, o gobernadores, o capitanes; también [...] da Dios sus riquezas y sus delectaciones; en el tiempo de la adolescencia y simplicidad se merece la buena muerte" (41).

Paralelamente a la educación de los jóvenes, seguía un proceso semejante la *formación de la mujer*. Es otra gran lección de los aztecas. Es sabido que en otros pueblos y otras épocas no se consideraba a la mujer necesitada ni merecedora de especiales atenciones pedagógicas. Otras veces, se practicaba una educación mixta indiscriminada, incluyendo organizaciones y ejercicios de tipo militar, en que, aparte de otros inconvenientes, se compromete o degrada el sentido de lo femenino, de lo maternal, y hasta de la futura familia.

Los nahuas tenían, para la mujer en formación, muy semejantes cuidados a los que dedicaban a los jóvenes, quizá con mayor solicitud y delicadeza, atendiendo a su carácter y su misión.

¶En las largas lecciones de los ancianos, a que ya hemos aludido tantas veces, se hecha de ver, cuando se refieren a las niñas, un acento de más delicada ternura (42). Tenían los nahuas un sentido muy

(38) Ib., pp. 211-213.

(39) Ib., p. 211.

(40) Cf. J. SOUSTELLE, o. c., p. 173.

(41) SAHAGUN, t. II, p. 144.

(42) Cf. SAHAGUN, o. c., II, pp. 126-135; 215-217.

fino de la feminidad; y este ideal resplandece en todos los cuadros, escritos o pintados, de la mujer. "La femineidad está en su rostro" (43). Era el ideal que parece dirigía o informaba todos sus cuidados, lecciones y ejercicios en la formación de las jóvenes.

Por ello no existía la educación mixta. "Los muchachos y muchachas criábanlos con gran rigor [...], debajo de maestros muy solícitos y rigurosos, los hombres a su parte y las mujeres a la suya" (44).

Tenían, naturalmente, sus fiestas y sus ejercicios también comunes, como cuando asistían a las casas de danza y canto, pero no sin las cautelas necesarias. "Teniendo gran cuenta —dice el P. Durán— en que entre ellos no hubiese ninguna deshonestidad, ni burla, ni señal de ella, porque si en alguno o en alguna la sentían, los castigaban ásperamente" (45). Había para ellos *pedagogos*, "ancianos diputados y electos para sólo aquel oficio en todos los barrios", encargados de acompañar a los jóvenes, y lo mismo las *amas* para recoger y acompañar a las mozas. "Después de haber cantado y bailado con mucho contento y regocijo se apartaban ellos a sus lugares y ellas a los suyos, y tornando las *amas* las llevaban a sus casas, haciendo lo mismo los viejos con sus mancebos [...], sin lesión ni mal ejemplo alguno" (46).

LOS EDUCADORES

Ya hemos mencionado en diversas ocasiones quiénes eran los autores o agentes principales de la educación.

Los padres, en primer lugar. Un padre náhuatl es descrito así por los informantes de Sahagún:

"El padre de gentes: raíz y principio de linaje de hombres.

Bueno es su corazón, recibe las cosas, compasivo, se preocupa, de él es la previsión, es apoyo, con sus manos protege.

Cría, educa a los niños, los enseña, los amonesta, los enseña a vivir.

(43) Códice matritense de la Real Academia, cit. por M. LEON-PORTILIA, *Siete ensayos sobre cultura náhuatl*, México, 1958, p. 110.

(44) SAHAGUN, o. c., III, p. 158. Cf. Id., II, pp. 211-213; DURAN, o. c., II, p. 88.

(45) *Ib.*, p. 228.

(46) *Ib.*, p. 227-228.

Les pone delante un gran espejo, un espejo agujereado por ambos lados, una gruesa tea que no ahuma..." (47).

Alaba fray Bernardino de Sahagún el "buen tino" de "los habitantes de esta tierra, antiguos, en que criaban sus hijos e hijas con la potencia de la república y no los dejaban criar a sus padres", "porque no eran poderosos para criarlos como convenía" (48). No significa esto, sin embargo, que los náhuas privaran a los padres del dominio y derechos paternos sobre sus hijos, como ha sucedido frecuentemente en otros pueblos cultos, aun en los tiempos actuales. Recuérdese la República de Platón, la educación nacionalista de Fichte, el Estado totalitario de Hegel y Mussolini, el colectivismo soviético, y las polémicas aun recientes sobre la nacionalización de la Escuela y los diversos modos de intervencionismo estatal abusivo en la materia.

La sociedad náhuatl reconocía plenamente a los padres este derecho y responsabilidad de educar a sus hijos. Para ello, le ayudaba con los recursos de la comunidad, "con la potencia de la república". Mas el padre era el responsable principal, el educador primero, y aun exclusivo, en las primeras etapas de la vida del niño, como ya hemos visto.

El padre también elegía libremente —"según su voluntad"—, la casa de formación donde el hijo habría de *completar* su aprendizaje (49). Y a los padres devolvían el chico los maestros y ayos, castigado y maltratado "a palos y a pedradas y a repujones [...], medio muertos", que era "la pena señalada" para los que se escapaban por las noches. "Y reprendíanlos —a los padres— de hombres descuidados y flojos en criar y castigar a sus hijos [...], violadores y quebrantadores de los estatutos y ordenanzas de los dioses y de los colegios, y aunque los padres les pesaba del mal tratamiento de sus hijos, por ser gente que los aman entrañablemente, no por eso osaban hablar palabra sino conceder que aquel castigo era justo, y bueno" (50).

Aunque no faltaran, naturalmente, padres "descuidados y flojos", en general tenían conciencia de su deber, y hasta sentían celo

(47) Textos de los informantes indígenas de Sahagún, cit. por M. LEON-PORTILLA, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, UNAM, 1952, p. 221.

(48) SAHAGUN, o. c., III, pp. 160 y 158.

(49) Cf. SAHAGUN, II, pp. 211, 215.

(50) DURAN, o. c., II, p. 230.

por cumplirlo puntualmente, transmitiendo a sus hijos, no sólo las enseñanzas de los antepasados, sino también el aprecio y la veneración por aquellas palabras y ejemplos, que "valen lo que las piedras preciosas, lo que las turquesas finas" (51).

"Porque eres mi hijo muy amado —hablaba el padre—, más que toda piedra preciosa, más que toda pluma rica [...], he pensado decirte algunas cosas que te cumple, por la obligación que tengo, que soy tu padre y [...] quiero hacer mi deber". "Por hacer lo que soy obligada contigo —continuaba la madre—, quíérote decir algunas pocas palabras.

"Lo primero es que te encargo mucho que guardes y que no olvides lo que tu señor padre ya te dijo, porque son todas cosas muy preciosas; porque las personas de su suerte raramente publican tales cosas, y que son palabras de señores y principales y sabios [...].

"Mira que las tomes y las guardes en tu corazón, y las escribas en tus entrañas: si dios te diere vida, con aquellas mismas palabras has de doctrinar a tus hijos e hijas [...].

"Esto te digo porque sepas que yo y tu padre somos los que te engendramos, madre y padre, y ahora te hablamos doctrinándote. Mira que tomes nuestras palabras y las guardes en tu pecho" (52). "Que lo que te tengo dicho sea espina y aire frío que te aflija para [...] que te haga volver en tí" (53).

Es notable y digna de meditación esta conciencia de su responsabilidad en los padres nahuas, ante la educación y el porvenir de sus hijos. Es una lección más, que valdría la pena desarrollar y proponer a la imitación de muchos padres y madres de nuestra sociedad de hoy. Son conocidas, y tal vez un poco ya pasadas, las doctrinas roussonianas, naturalistas y liberales sobre la educación: Lo mejor que puede hacer un padre, un educador, es no hacer nada. "dejar hacer". Han pasado, decimos, como doctrina, en gran parte, estas teorías, al menos en su forma primitiva, en aquel estado un tanto salvaje en que fueron propuestas en los tiempos de la ilustración y el romanticismo, y en "el siglo del niño". Hoy la doctrina que priva en el mundo no es ya el liberalismo, sino el socialismo, sea democrático, nacionalista o marxista. Pero quedan, de aquella polvareda,

(51) Códice florentino, cit. por M. LEON-PORTILLA, *Los antiguos mexicanos...*, p. 151-152.

(52) SAHAGUN, o. c., t. II, pp. 136 y 132.

(53) *Ib.*, p. 139.

unos lodos quizá más peligrosos en la mentalidad, en las conciencias y en la práctica.

Con el fracaso de aquellas doctrinas, la catástrofe mundial de las guerras, la confusión y la decepción consiguientes, hoy ya no se dice: "dejar hacer", sino: ¿qué hacer? Y hay así muchos padres que no educan a sus hijos, que no hacen nada, sino esperar, dejar al chico crecer con mimo y libertad, sacrificarse —eso sí— para que no les falte nada, facilitarles y permitirles todas las oportunidades, sin reprensión ninguna, sin disciplina oportuna, sin educación verdadera. Para seguir luego esperando, y preguntando: ¿qué hacer? Y mientras la proporción de la gente joven sobre los adultos crece, y aumenta la curiosidad y el ansia de saber, siguen faltando escuelas, universidades y educadores, y aumentando los reformatorios, las clínicas psiquiátricas y la policía. Los *hippies* son un "signo de nuestro tiempo", una señal con muchos interrogantes...

Nuestros antepasados nahuas, con tantas supersticiones y atrocidades, no conocieron estos signos ni estos tiempos, pero acaso amaron más a sus niños y jóvenes, sintieron más seriamente y aceptaron sus responsabilidades de padres, y supieron proponerles, con sus limitaciones e idolatrías, ideales más sugestivos y concretos, exigiéndoles más valor y más fe, más austeridad, disciplina y sumisión. Un padre de aquellos tiempos no omitía predicar a su hijo la humildad "de corazón, no fingida", la continencia y la pureza de alma y cuerpo, la modestia en el andar y el vestir, la sobriedad en el comer, la sumisión a Dios y la obediencia a las leyes. "La buena doctrina y el aprovechamiento en la virtud, la reverencia y el temor, la humildad y la paz, es la verdadera nobleza" (54).

Hoy, en cambio, con los nuevos signos y los nuevos inventos políticos y técnicos, "nos vamos al agua abajo", como en los tiempos de Sahagún. Ni nos "faltarían razones —como al P. Durán— para encarecer el sentimiento [...] de ver agora los mozos de a diez y ocho y de a veinte años tan perdidos y tan desvergonzados, tan borrachos, tan ladrones, cargados de mancebas, matadores, facinerosos, desobedientes, malcriados, atrevidos, glotonés..." (55).

Los pedagogos y los colegios continuaban y completaban la obra de los padres en la educación. Eran los padres mismos quienes in-

(54) SAHAGUN, o. c., II, p. 217. Cf. *ib.*, pp. 121-217.

(55) DIEGO DURAN, o. c., t. II, p. 226.

culcaban en los jóvenes el aprecio y la fe que debían tener a aquellos maestros, reconociendo en ellos como una segunda paternidad. "Hijo mío [...], aquí están tu padre y tu madre [...], y aunque es así que son tu padre y tu madre que te engendraron, más verdaderamente son tu padre y tu madre los que te han de criar y enseñarte las buenas costumbres, y te han de abrir los ojos y los oídos para que veas y oigas" (56).

El maestro náhuatl aparece siempre descrito, en muchos testimonios conservados, con gran veneración, como el hombre de la confianza, de la sabiduría y la prudencia, ejemplar y servicial para todos, desinteresado y amable. Sus atributos y funciones aparecen bien expresadas en el siguiente pasaje :

"Maestro de la verdad,
no deja de amonestar.
hace sabios los rostros ajenos,
hace a los otros tomar una cara,
los hace desarrollarla.
Les abre los oídos los ilumina
es maestro de guías,
les da su camino...
Pone un espejo delante de los otros,
los hace cuerdos y cuidadosos,
hace que en ellos aparezca una cara...
Gracias a él, la gente humaniza su querer,
y recibe una estricta enseñanza.
hace fuertes los corazones,
conforta a la gente,
ayuda, remedia, a todo atiende" (57).

Una característica especialmente digna de notarse en la acción formativa de los educadores nahuas, ya de los mismos padres como de los maestros, es su sentido *personalista*, su respeto a la persona, a su conciencia y libertad.

Cuando se encaminaba al niño a la escuela, se le hacía ver la conveniencia de hacerlo "muy de voluntad", "con toda paz" (58).

(56) SAHAGUN, o. c., II, p. 213.

(57) Códice matritense de la Real Academia, cit. por M. LEON-PORTILLA, *Siete ensayos...*, p. 66. Cf. Id., *Los antiguos mexicanos...*, p. 123-124; SAHAGUN, o. c., t. III, p. 116.

(58) SAHAGUN, t. II, pp. 214, 216.

Iban a "la casa del lloro y la tristeza", pero de donde salen los hombres "tallados como piedras preciosas", los hombres valientes, los sacerdotes castos y sabios, los gobernantes honestos, los nobles y senadores.

El método no era de imposición autoritaria, sino de convencimiento y estímulo, por vía de amonestación: "Maestro de la verdad, no deja de amonestar". "Mira —decía el padre a su hijo—, que ya entiendes, ya tienes discreción, no eres como gallina".

Los motivos de la amonestación solían ser un reclamo constante a la nobleza del origen y de la sangre, la belleza del ideal propuesto, el ejemplo y la buena fama de los mayores, que les ponían siempre delante como "un gran espejo", como "una antorcha que no ahuma", que "ilumina" y que "guía" (59).

Todo esto supone confianza y respeto por la conciencia, la responsabilidad, la iniciativa y las fuerzas del alumno en formación. La misma virtud fundamental que inculcaban en las escuelas comunes, la valentía, la fortaleza, suponía una conciencia del propio valer, de las personales energías. Todo se funda en el reconocimiento implícito de un germen de virtud y sabiduría en el educando, que en vano se pretendería infundir artificiosa y despóticamente desde fuera.

El maestro, enseña Santo Tomás, no es el autor principal interno de la educación, sino mero agente cooperador externo, instrumental y secundario, que, con su acción, no infunde las ideas ni crea la virtud, sino que ayuda, confortando, estimulando y orientando las propias fuerzas del alumno, a *sacar* de sí mismo, a *educar* y desarrollar los gérmenes de virtud y ciencia que ya posee el propio educando. O, con palabras del sabio azteca, ya citadas: abre los oídos, ilumina, pone un espejo delante, conforta, ayuda, guía, dice o señala el camino (60).

Los educadores nahuas tenían conciencia de sus limitaciones, y conocían también sus posibilidades. Aun con sus idolatrías y supersticiones, no apelaban, para esta noble tarea de educadores, a magias ni sortilegios, ni a pretensiones ambiciosas y despóticas, sino a lo que la *filosofía natural* les había enseñado por la experiencia y el buen sentido sobre la psicología del desarrollo y las leyes de la formación humana. "Deseamos —decían al padre que les entregaba un niño—, que en esta casa se manifiesten y salgan a la luz los do-

(59) Cf. *Ib.*, pp. 121 ss., 127, 135, 215, 137-138.

(60) Cf. M. LEON-PORTILLA, *Los antiguos mexicanos...*, pp. 123-125.

nes y mercedes con que nuestro señor le adornó [...]. Nosotros haremos lo que es nuestro, que es criarle y doctrinarle como padres y madres; no podremos por cierto entrar en él, dentro de él, y ponerle nuestro corazón" (61).

Y lo que era suyo, lo que a ellos les correspondía hacer sin entrar dentro del muchacho, sin suplantar su voluntad ni su talento, sin cambiar su ser ni su corazón, era ejercitarles con diligencia y constancia en todas las prácticas que hacen que en ellos "aparezca una cara", una fisonomía moral definida, *personal*, que "hacen también desarrollarla", que "hacen fuertes los corazones", firmes como la piedra, resistente como el tronco de un árbol".

He aquí otra meta bien alta del pensamiento y la técnica educativa alcanzada por los sabios y educadores nahuas. La famosa *escuela nueva*, la *escuela activa*, la *escuela del trabajo* y la *escuela de la vida*, tuvieron, sin duda, en los nahuas unos antecesores dignos, aunque, sin duda también, enteramente ignorados.

Se ha discutido mucho, aun recientemente, sobre la verdadera misión de la escuela: si ha de limitarse a *enseñar*, o ha de encargarse de una integral *educación*; se ha jugado incluso oficialmente con el título *instrucción pública* o *educación nacional*. Los nahuas no se plantearon tal disyuntiva: "enseñaban y ejercitaban". La escoba, el sacrificio y la obediencia precedían a la retórica, la poética, la astrología, "la cuenta de los años", "los libros de su ley y su doctrina" (62).

Las escuelas de los nahuas eran, pues, centros de verdadera formación integral: "casa de llanto, casa de lágrimas, casa de austeridad. Allí cual joyas se forjan y cual flores abren sus corolas los príncipes. Cual esmeraldas son perforados, como flores dan color y aroma. Allí nuestro señor labra y dispone a sus príncipes como quien forja un plumaje de quetzal o un collar de rica hechura" (63). Así hablaban los padres al hijo al llevarlo al Calmécac.

El P. Durán hace notar que la escuela, "demás de ser curiosidad [de gente muy cortesana y política], era ordenanza de república

(61) SAHAGUN, o. c., t. I, p. 300.

(62) Cf. SAHAGUN, I, pp. 305-307; DURAN, II, p. 229.

(63) A. M. GARIBAY, *La Literatura de los Aztecas*, p. 129. Cf. SAHAGUN, II, p. 214.

ca" (64). La institución de estas escuelas fue debida a Moctezuma I, el Viejo, quinto rey de México (65).

Existían dos tipos generales de escuelas y enseñanzas: unas propiamente educativas, y otras de artes bellas, especialmente de canto y danza.

"En todas las ciudades —cuenta el P. Durán— había junto a los templos unas casas grandes, donde residían maestros que enseñaban a bailar y cantar. A las cuales casas llamaban *cuicacalli*, que quiere decir casa de canto. Donde no había otro ejercicio sino enseñar a cantar y bailar y tañer a mozos y mozas" (66). El P. Durán habla largamente y con gran encomio de estas escuelas.

No hemos podido encontrar de momento muchos testimonios especiales sobre escuelas y enseñanza de las otras artes, pero es indudable que existieran, pues no podían ser meros improvisadores o autodidactos los numerosos artistas refinados que dejaron tan espléndidos testimonios en casi todas las artes. El artista en general y el especialista en todas las ramas del arte y la artesanía, son de los tipos humanos mejor definidos, y parece que más admirados, en la literatura náhuatl (67).

Juan Bautista de Pomar habla del aprendizaje de la pintura, el entallar en madera, piedra u oro, labrar piedras preciosas, cantería, etc. (68). El P. Durán da referencias de un teatro incipiente: "mil géneros de juegos, que los de los recogimientos inventaban de danzas y farsas y entremeses y cantares de mucho contento" (69).

En cuanto a la otra categoría de escuelas, tampoco los informantes son uniformes, y a veces incluso contrarios. Quizá habría que distinguir lugares y tiempos, como lo hace generalmente el P. Durán, sin generalizaciones, con más rigor histórico, según parece, que el mismo Sahagún, y sobre todo que otros modernos.

Sin entrar aquí en discusiones o pormenores que nos llevarían muy lejos, más allá de nuestros recursos y propósitos, damos cuenta sencillamente del estado que habían alcanzado en conjunto y en alguna parte aquellos centros de educación.

(64) DURAN, II, p. 226.

(65) DURAN, I, p. 216-217.

(66) DURAN, o. c., II, p. 227.

(67) Cf. MIGUEL LEON-PORTILLA, *Los antiguos mexicanos...*, pp. 160-171; SAHAGUN, o. c., III, pp. 113 ss.

(68) *Relación de Pomar*, en A. M. GARIBAY, *Poesía Náhuatl*, t. I, Apéndice I, nn. 173-174, p. 192.

(69) DURAN, o. c., II, p. 232.

"La crianza de los muchachos —nos dice Sahagún— estaba partida y distinta en dos partes, la una era en la casa de *Calmécac* y la otra en la casa de *Telpochcalli*" (70). "Era la intención de los padres ofrecer la criatura a la casa [...] *Calmécac* para que fuera ministro de los ídolos [...]. Y si ofrecían la criatura a la casa del *Telpochcalli*, era su intención que allí se criase [...] para servicio del pueblo y para las cosas de la guerra" (71).

Esta distinción y orientación de la enseñanza en cada uno de estos centros, sin embargo, no parece que fuera realmente así, tan estrictamente determinada. El mismo Sahagún recoge informaciones diversas: del *Calmécac* salían no sólo sacerdotes, sino gobernantes, señores y senadores, gente noble y guerreros (72).

Algunos han hablado de un antagonismo entre esos dos tipos de escuelas, como herederas de tradiciones y anteriores culturas distintas, y presididas incluso por divinidades rivales (73). Sin argumentos decisivos para negar de un modo absoluto esa explicación, tengo, sin embargo, la impresión de que no corresponde muy exactamente a la realidad. Toda la información de Sahagún deja ver siempre una distinción de categoría, un nivel más elevado en la formación del *Calmécac*, y ventajas mayores para los que se formaban allí, pero no precisamente un antagonismo. La misma libertad con que hemos visto que los padres podían encomendar la educación de sus hijos a uno u otro centro, parece indicar que no se hallaban coaccionados o predeterminados por tales antagonismos.

El P. Durán —que da la impresión frecuentemente de una información más directa y concreta—, puede quizá aclararnos la cuestión. "Tenían —nos dice— casas diferentes, una de muchachos de a ocho y a nueve años y otras de muchachos ya de diez y ocho y veinte años, a donde los unos y los otros tenían ayos maestros y prelados que los enseñaban y ejercitaban" (74). El mismo P. Durán habla en otra parte de una especie de gradación o jerarquía entre las escuelas: una de tipo general, "donde había gran número de muchachos", algo así como nuestras secundarias y preparatorias, en las que se llevaba a cabo una cierta selección y orientación profesional. "A esta casa llamaban *Telpochcalli*, que quiere decir casa de man-

(70) SAHAGUN, o. c., I, p. 308.

(71) *Ibid.*, p. 298.

(72) *Cf. Id.*, t. II, p. 214.

(73) *Cf. J. SOUSTELLE*, o. c., p. 175.

(74) DURAN, t. II, p. 229. *Cf. Ib.*, p. 86.

cebos o de muachos, donde después de ya criados y enseñados [...], consideraban en ellos la inclinación que tenían y a lo que más se aplicaban": la guerra o la religión" (75). De allí, pues, podían salir para la milicia, o para "otras casas de más autoridad [...] casas de mancebos ya en perfecta edad de su juventud" (76).

Tenemos, pues, dos clases de institutos de enseñanza, salvadas las distancias y las proporciones, algo semejante a nuestros institutos de enseñanza media o secundaria, y nuestras facultades y escuelas con rango universitario; institutos o academias para carreras menores, y centros de enseñanza superior.

Esta misma ordenación parecè suponerla también Sahagún: Cuando llevaban a un muchacho a ofrecer al Calmécac, "si aun era pequeño, tornaban a llevarlo consigo los padres", lo que no se dice a propósito del Telpochcalli, sino que más bien se deja ver lo contrario, es decir, que aquí entraban mucho más jóvenes (77).

Y parece esto, finalmente, lo más normal, aunque es comprensible que entonces, y en un pueblo especialmente guerrero, no pasaran tantos como hoy a la enseñanza superior. Por eso también "eran muy muchos los que se criaban en las casas del Telpochcalli, porque cada parroquia tenía quince o diez" (78).

Esta organización de la enseñanza oficial no excluía, naturalmente, otros medios particulares, como el "que tenían los señores y gente noble", sirviéndose de preceptores especiales para sus hijos, desde los seis o siete años hasta los diez o doce, fecha en que "méntanle en la casa del regimiento que se llamaba Calmécac", o "en la casa de los Cantores". A los quince años empezaban su adiestramiento militar, "y en llegando a los veinte años llevábanle a la guerra", de donde volvería con méritos para ser mayordomo, senador, y candidato para señor y rey (79).

En cuanto a las materias que se enseñaban, recordamos, traduciendo a nuestra terminología —de un modo general y haciendo todas las salvedades del caso—, las siguientes disciplinas: gramática y retórica, matemática, política, derecho, religión, historia, artes bellas y mecánicas, artes militares, higiene, medicina, historia natural,

(75) Ibid., p. 108-109.

(76) Ibid., p. 109.

(77) Cf. SAHAGUN, t. I, pp. 305 y 300.

(78) Ibid., p. 301. Cf. *Relación de Pomar*, en A. M. GARIBAY, *Poesía Náhuatl*, I, Apéndice I, n. 126, p. 181.

(79) Cf. SAHAGUN, II, pp. 327-329.

astrología, deportes, etc. "De todo lo cual tenían grandès y hermosos libros de pinturas y caracteres" (80).

Pero, sobre todo, se trataba de centros de *educación*, y lo que en ellos prevalecía era la práctica y el ejercicio de la virtud. Se inculcaba especialmente la confianza en Dios, la paz con todos, el respeto, la paciencia, la humildad sin cobardía ni desesperanza, la pureza, el amor al trabajo, el ser sufridos, el ser discretamente reservados, sin dar a entender a nadie todo lo que se sabe, el "guardar en todas las cosas el medio" (81).

Otra lección náhuatl para meditar hoy, cuando la *educación* no acompaña siempre, en la necesaria proporción, a la instrucción en los centros educativos oficiales o privados.

Una cierta selección y orientación profesional, según hemos ya indicado, parece ser otra de las tareas que realizaban aquellas escuelas.

El P. Durán nos dice que, "después de ya criados y enseñados, [...] consideraban en ellos la inclinación que tenían, y a lo que más se aplicaban y inclinaban. Si la vían con ánimos y brío de ir a la guerra, en teniendo edad, luego, en ofreciéndose coyuntura en achaque de que llevase la comida y bastimento a los soldados, lo enviaban para que allá viese lo que pasaba y el trabajo que se padecía, para que perdiese el miedo [...]"

"Otros se aplicaban y inclinaban a religión y recogimiento, a los cuales, en conociéndoles la inclinación, luego los apartaban" (82).

De otros, naturalmente, no siempre se podría dictaminar tan pronto sobre sus inclinaciones y aptitudes. No eran estas las dos únicas salidas o carreras. El mismo P. Durán nos habla de "tres modos de levantarse los hombres": la milicia, el sacerdocio y "el de mercancía" (83). De otras escuelas "los más salían grandes cazadores" (84).

(80) DURAN, II, p. 229. Cf. *ib.*, p. 108; SAHAGUN, I, p. 306-307; *Relación de Pomar*, ed. cit., p. 179-180. Acerca de los libros escritos, nota el sabio investigador P. Garibay: "La conservación de los cantos por escrito ha sido para mí un problema que no he podido resolver [...]. Se habla de *escritura en libros*: ¿Cómo podían darse las ideas en las figuras que no eran sino rudimentarias?" (*La poesía Náhuatl*, II, p. CXXXII-CXXXIII).

(81) SAHAGUN, II, p. 151. Cf. *ib.*, pp. 124-125; *Relación de Pomar*, ed. cit., p. 178.

(82) DURAN, II, pp. 108-109.

(83) *Ibid.*, pp. 124-125.

(84) *Ibid.*, p. 132.

Entre las recomendaciones de un padre a su hijo está la de que aprenda "algún oficio honroso, como es el de hacer obras de pluma y otros oficios mecánicos" (85). Sahagún nos da una lista completa de estos oficios, con las cualidades que los caracterizan (86). La escuela, en cualquiera de sus grados, capacitaba y orientaba para desempeñar honradamente y con destreza alguno de esos numerosos oficios y profesiones.

En todo caso, la formación no terminaba de cualquier modo, después de tantos años, sino "hasta que doctos y hábiles no los dejasen salir sino ya hombres, y conociéndoles ya la inclinación los casaban y encaminaban en lo que habían de hacer" (87).

Que esta especialización y orientación, por rudimentaria que fuera, daba sus resultados en la ordenación de la sociedad náhuatl, nos lo demuestra el nivel social, político, artístico, etc., alcanzado por los antiguos mexicanos, y el noble concepto moral y técnico que tenían de tales empleos y profesiones.

IDEAL DE LA EDUCACION NAHUATL

Capítulo importante, y criterio último de valoración de un sistema educativo, es siempre el fin ideal que persigue. La organización más poderosa de los medios educativos y la acción de los maestros más expertos no significarían nada provechoso para una sociedad si no están ordenados en función de un ideal noble y elevado, un tipo de hombre cabal. Muchas escuelas pedagógicas, muchos maestros afanosos y optimistas, han fracasado y continúan fracasando por carecer de una visión inteligente y adecuada del hombre que tratan o deberían de formar. El fin, el ideal, especialmente en la educación, con más razón y propiedad que en ningún otro ser o que-hacer, es verdaderamente la "causa de todas las causas".

¿Qué ideal perseguían los educadores nahuas, qué fin se proponían en sus tareas y organizaciones educativas?

Se ha dicho que "las dos únicas instituciones educativas organizadas en la antigua México para los adolescentes, tenían un defecto radical: el de no cumplir el fin propio de las escuelas de ado-

(85) SAHAGUN, II, p. 123.

(86) Cf. t. III, pp. 113-157.

(87) DURAN, II, p. 229.

lescentes, el cual tiene que ser el de formar hombres y aquellas instituciones no formaban hombres [...], sino que eran simplemente colegios que formaban especialistas [...]: *especialistas* de un tipo monstruoso" (88).

En primer lugar, ya hemos visto que no eran *dos únicas* las instituciones educativas mexicanas. Y en cuanto al *fin propio*, sin desconocer las naturales limitaciones, y aun las aberraciones de aquella cultura —valoradas sobre todo desde la altura de la nuestra—, es preciso reconocer una vez más que ese juicio es demasiado parcial, más estrecho sin duda que la mentalidad y la educación de los antiguos mexicanos.

El ideal más noble y más alto que podían proponerse aquellos hombres, y que de hecho ponían los padres ante la vista del hijo —como un espejo", "como una tea grande y luminosa"— era el ejemplo de los hombres que alcanzaban las más altas dignidades y los máximos honores (89). Para ello, "tenían memoria de las cosas que sus antepasados habían hecho y habían dejado en sus anales por más de mil años atrás" (90). La suma de cualidades y atributos que definían a un tipo de esa talla ideal de hombre, es natural que la tuvieran presente, y, en cuanto fuera posible, la exigieran del candidato a los dos puestos jerárquicos más encumbrados que había: el rey, y el sumo sacerdote.

Para sumo sacerdote se elegía "el que era virtuoso, humilde, y considerado y cuerdo, y no liviano, y grave, y riguroso, y celoso en las costumbres, y amoroso y misericordioso, y compasivo, y amigo de todos, y devoto y temeroso de Dios" (91). Que este tipo de hombre fuera ideal también para todos, es tanto más indudable cuanto que "en la elección no se hacía caso del linaje" (92).

Para ser señor o rey se requería "que fuese hombre valiente [...], osado y animoso, y que no supiese beber vino; que fuese prudente y sabio [...] que supiese bien hablar, fuese entendido y recatado, y animoso y amoroso" (93). "Nota, hijo —enseñaban los ancianos—, que la humildad y el abajamiento de cuerpo y alma, y el

(88) D.EZEQUIEL A. CHAVEZ, *La educación en México en la Época Precortesiana*, México, Jus, 1958, p. 110-111.

(89) Cf. SAHAGUN, II, p. 137.

(90) SAHAGUN, III, p. 165.

(91) SAHAGUN, I, p. 308.

(92) *Ibid.*

(93) *Id.*, II, p. 321.

lloro y las lágrimas y el suspirar, esta es la nobleza y el valer y la honra; mira, hijo, que ningún soberbio ni erguido, ni presuntuoso ni bullicioso ha sido electo por señor; ningún descortés, malcriado, deslenguado, ni atrevido en hablar, ninguno que habla lo que se le viene a la boca, ha sido puesto en el estrado y trono real" (94).

Tenemos, pues, un cuadro bastante completo de las virtudes fundamentales que definen a un hombre cabal. Es natural que su concepto de algunas de ellas, como la misericordia, la paz, la devoción y el temor de Dios, fuera un poco diferente del que nosotros tenemos, como lo era el de Aristóteles, en esta misma materia, con relación a Santo Tomás. Si en nuestra misma historia bíblica y cristiana han evolucionado tanto muchos de estos conceptos, nada tendrá de extraño que, entre las ideas y sentimientos de los nahuas y nuestro modo de sentir y pensar, fuera necesaria también una cierta evolución para llegar a coincidir. Pero el hecho de que aquellos hombres, por sus propios medios de reflexión, llegaran a tales conceptos de nobleza y perfección humana, merece de nosotros, sin duda ninguna, la más alta estima y admiración. "¿Qué más enseña la ley cristiana —pregunta nuestro P. Las Casas—, salva la fe y lo que predica de las cosas invisibles y sobrenaturales?" (95).

Algunas virtudes en que insistían con particular empeño los educadores nahuas, tanto los padres como los maestros, eran: la humildad, la devoción, la piedad y la reverencia, la castidad, la veracidad, la obediencia, la bondad, la fortaleza y el valor, la prudencia y la cordura, la modestia y el recato, la templanza y sobriedad, la austeridad y el sacrificio, y la esperanza (96).

Un conjunto, pues, de virtudes y cualidades humanas que definen, de un modo bastante completo, una personalidad verdadera. Personalidad típica, ideal humano que los mismos sabios nahuas habían sabido plasmar, con su lenguaje de metáforas, en fórmulas felices y expresivas:

"El hombre maduro:
corazón firme como la piedra,

(94) *Ib.*, p. 140.

(95) FR. BARTOLOME DE LAS CASAS, *Apologética historia*, Cap. 224, en *Los Indios de México y Nueva España*, Antología, México, Ed. Porrúa, 1966, p. 172.

(96) Cf. SAHAGÚN, II, pp. 124-125, 138-151, 213-217; III, p. 158; DURAN, II, pp. 108-109, 229; LAS CASAS, *Apologética historia*, Cap. 223-224, *Antología cit.*, pp. 164-172 (cita a Fr. Andrés de Olmos).

corazón resistente como un tronco de un árbol ;
rostro sabio,
dueño de un rostro y un corazón,
hábil y comprensivo" (97).

He aquí lo que parece haber sido el ideal supremo del hombre azteca : ser *dueño de un rostro y un corazón* : todo un hombre de carácter, una personalidad definida, vigorosa, con valor y sabiduría (98). Ideal de hombre cabal y perfecto, del *hombre* que tenía ante la vista los educadores y maestros nahuas. Ideal y patrón humano que aplicaban y exigían después al sacerdote, al artista, al comerciante, al jefe o al artesano : ideal universal.

Recuérdese el desprestigio o bajo concepto en que, en otros pueblos y culturas, se tenía o se tiene aún, al comerciante, al artista incluso ; el carácter parcial de la formación de muchos de esos funcionarios o profesionales, aun de los sacerdotes. Hoy precisamente, aun entre nosotros, se pide para los mismos sacerdotes, y con tono de reivindicación y exigencia de algo a veces descuidado, esto que ya buscaban los maestros nahuas para sus hijos y educandos, y exigían de sus hombres para cualquier oficio o profesión : *poseer un rostro sabio y un corazón firme* : Ser un hombre "íntegro [...], dueño de sí", capaz de "dialogar con su propio corazón", "un rostro que sabe hacer que las cosas se logren [...], un corazón recto", "respetuoso de Dios", amigo de los hombres y las flores, abierto a la risa y al canto (99).

He aquí el supremo ideal humano alcanzado por la educación náhuatl, y la lección final que aún hoy nos dan aquellas gentes. Lección un poco más confortadora y meritoria que la resultante del "ideal salvaje y estúpido" que tan gratuitamente atribuye D. Ezequiel A. Chávez a la vida y educación en la época precortesiana (100).

(97) *Códice matritense de la Academia*, cit. por M. LEON-PORTILLA, *Siete ensayos...*, p. 64.

(98) Sobre la exégesis y valor de la fórmula : *Rostro y corazón*, cf. M. LEON-PORTILLA, *Siete ensayos...*, pp. 62 ss ; Id., *Los antiguos mexicanos...*, pp. 146-148. Aun hoy, en los idiomas nativos de algunas regiones se saluda : "¿Cómo está su *corazón*?", equivalente a nuestro *Usted o su persona*.

(99) Cf. M. LEON-PORTILLA, *Siete ensayos...*, p. 72-73 ; Id., *Los antiguos mexicanos...*, pp. 128-136, 161 ; SAHAGUN, III, pp. 108-134.

(100) EZEQUIEL A. CHAVEZ, *La educación en México en la época precortesiana*, p. 62.

''Resta, pues, —concluimos con nuestro P. Las Casas— conceder que aquestas nuestras gentes, no solamente no fueron postreras a todas las antiguas en la crianza buena e institución de sus hijos, pero que se igualaron y a algunas sobrepujaron en cosas sustanciales'' (101).

FR. ANGEL MELCON, O. P.
México C. F.

(101) FR. BARTOLOME DE LAS CASAS, o. c., p. 164.